

Evolución y creación

Juan E. Bolzán

Calle 5 n° 319, 1900 La Plata, Argentina
e-mail: jebolzan@gmail.com

RESUMEN. No existe necesariamente contradicción entre los conceptos de “creación” y de “evolución”: el primero se refiere al origen absoluto de las cosas mientras que el segundo intenta explicar la formación y desarrollo de esos entes originales hasta dar lugar a la aparición de entes vivientes y sus transformaciones con el correr del tiempo. Por ahora me dedicaré especialmente al concepto filosófico de “creación” a fin de comprender el origen absoluto de los seres naturales y el acto mismo de creación. Crear no es un proceso de hacer cosas sino el acto de hacer que las cosas sean, teniendo el ser creado su consistencia en ser-creado, dependiendo esencialmente de su relación al creador y existiendo precisamente en esta relación. En este sentido “creación” es la más singular de las singularidades y no puede ser objeto de la ciencia puesto que el objetivo de la ciencia es comprender tan completamente como sea posible el sistema existente de los seres y sus cambios, ya se trate del *Big Bang*, de la evolución biológica o de cualquier otro campo del saber teórico-experimental.

Palabras claves: *Creación, Evolución, Big Bang, Principio antrópico.*

ABSTRACT. The concepts “creation” and “evolution” are not necessarily contradictories: the first refers to the absolute origin of things, while the second one attempts to explain the formation and development of those original beings into living beings and their transformations through time. This lecture will particularly deal with the philosophical concept of “creation” in order to understand the absolute origin of natural beings and the very act of creation. Creation is not a process to make things but an act to cause things to be, by which the created being gets consistence in the act of being created, depending absolutely upon its relationship with the creator and just existing in this relationship. In this sense creation is the most singular of singularities and cannot be subject of science because the aim of science is to understand as completely as possible the system of already existing beings and its mutations as far as every process happens inside a given system of beings, either by the Big Bang, the biological evolution, or any other field of experimental and theoretical knowledge.

KEY WORDS: *Creation, Evolution, Big Bang, Anthropic principle.*

Introducción

“¡Qué día magnífico! Si fuese un mundo recién terminado, hecho para residencia de verano de los ángeles; y esta mañana, la primera en que se abren para ellos sus puertas, no disfrutaría este mundo un día más espléndido. Aquí hay material para pensar”.

(MELVILLE, *Moby Dick*)

Desde hace ya demasiado tiempo subyace al tema de la evolución biológica un equívoco en el planteamiento de la antítesis (aparente) entre *creación* y *evolución*. Parecería que hoy la historia debiera estar ya suficientemente madura como para no tener que volver sobre ello una vez más; pero como al menos popularmente (y no sólo en este plano) retorna a las veces la querrela, le dedicaremos alguna atención.

En primer lugar, no existe tal situación antitética, pues ella equivaldría tanto como a preguntarse, por ejemplo, si el azúcar es blanco o dulce. Esto es: que pueden coexistir ideas evolutivas en el plano científico con la necesaria afirmación filosófica de la creación; mas para ello es necesario aceptar que ni el científico puede, desde su ámbito de competencia, decidir si existe o no creación, ni el filósofo puede discutir, desde el suyo, si existe o no una evolución biológica en la naturaleza (dejando de lado al hombre, por ahora). Mas lo que sí se puede es alcanzar una adecuada armonía entre los saberes.

La ciencia entiende por evolución la serie de cambios casi imperceptibles que se producen en el plano de lo genético dentro de poblaciones de una especie, variaciones que se transmiten a sus descendientes hasta que, en un momento determinado y debido a las sucesivas alteraciones, se hace necesario reconocer la aparición de individuos de una nueva especie (biológica). De este modo se define diversamente la evolución —respetando siempre la exigencia de Darwin: descendencia con modificación— como “el proceso gradual por el cual el mundo de lo viviente se ha venido desarrollando a seguido del origen de la vida”, como quiere Mayr (2001, p. 286); o bien, según Purves *et al.* (2003, p. 1058), “la evolución orgánica, a menudo denominada simplemente evolución, se refiere a cualquier cambio genérico y fenotípico resultante en los organismos de generación en generación”. Con lo cual se trata, al fin, de “cualquier cambio acumulativo en las características de organismos o poblaciones, de generación en generación [...] todos los cambios que han transformado la vida en la tierra, desde sus más primitivos orígenes hasta la diversidad característica actual” (Margulis y Sagan, 2002, p. 210).

En breve, y para nuestro presente interés, cualquier hipótesis sobre la evolución biológica significa, en términos generales, un cambio; y un cambio es modificación de algo dado. Todo el conocimiento experimental se basa en el ente existente, el *ser dado*, el ser tomado tal cual se lo encuentra, transformado variamente en objeto de investigación científica, y origen de las innumerables posibilidades de desarrollo con que hoy nos maravilla la técnica. De toda la cual maravilla debiéramos estar asombrados, sí, y satisfechos, mas no orgullosos sino más bien un poco corridos, ya que el hombre ha tenido delante de sí, siempre a su disposición, ese universo inteligible y se ha tardado tanto para llegar a lo que hoy sabemos y hacemos.

En fin, tornemos a la situación actual. Ya desde la observación doméstica puede deducir el hombre la existencia de un orden natural, desde el cual arrancará necesariamente el conocimiento científico, reconociendo explícita o implícitamente la realidad de algún tipo de diseño inteligente, puesto que al cabo todo el conjunto del saber se puede resumir en el intento de descodificar el universo, el hombre incluso, estudiando comportamientos y estructuras. Y emprender el estudio pormenorizado de la estructura de “eso dado”, y del dinamismo interno y relacional entre “datos”, supone aceptar un orden; orden en el cual fundamentan el científico y el filósofo sus cometidos y sus esperanzas de éxito, a medida que extienden y profundizan sus investigaciones. Así puede el hombre llegar metódicamente a establecer relaciones; enunciar hipótesis de trabajo; comprobar experiencial y experimentalmente todo ello y declararlo sucintamente en una ley, en un enunciado conciso expresado, en lo posible, al modo matemático. La armonización de conocimientos le permite generalizar las leyes en teorías o hipótesis bien fundadas, comprensivas de un campo mayor del saber y desde las cuales puede predecir futuros comportamientos aun desconocidos. Precisamente en el cumplimiento de estas predicciones se afianza la teoría; un caso clásico lo constituye el de los fenómenos de interferencia según la teoría ondulatoria de la luz: esta teoría permitía predecir que en

ciertas circunstancias la concurrencia simultánea de dos rayos de luz, esto es: luz + luz, debería producir oscuridad. Se consideró esto un absurdo, pero los experimentos adecuados condujeron precisamente a ese resultado y la teoría quedó así afianzada.

La filosofía también parte del *ente dado*, pero no se preocupará ahora de comportamientos y usos sino de significados; en nuestro caso, qué significa, para todo ente, “ser” o “existir”. Esto es: se planteará como problema el modo de su existencia en absoluto, de su surgimiento a la existencia, independientemente de sus cualidades o utilidad. Y aun llegará a preguntarse “cómo es que hay ente más bien que nada” (temática de la creación).

Si se aclaran los límites propios de cada saber, las relaciones entre ciencia y filosofía nunca deben conducir a querrela alguna. Esto se va comprendiendo cada vez mejor, y queda muy bien expresado, por ejemplo, en la distinción epistemológica que hacen Freeman y Herron (2007, p. 66ss) entre naturalismo metodológico y naturalismo ontológico. En su obra optan por el primero basados en razones puramente prácticas y entendiéndolo como el único modo de avanzar en la ciencia, aceptando hipótesis y explicaciones basadas solamente en causas naturales, sin discutir las explicaciones extra-experimentales. De este modo dejan de lado, con razón, el naturalismo ontológico, el cual afirma que *todo* cuanto existe no es más que el mundo natural. Afirmación que constituye una extralimitación absolutamente prohibida por el método científico, porque equivaldría a incursionar en temas que trascienden el saber científico en cuanto tal (no así al *hombre* de ciencia a quien, en cuanto hombre culto, *nada* de lo humano debe serle extraño). De hecho, la misma teoría física del inicio pretendidamente absoluto del universo, la tan mentada teoría del *Big Bang*, supone un desarrollo evolutivo pues a partir de una explosión primigenia de “algo” que se describe como un ideal punto-masa de diámetro tendente a cero y de densidad tendente a infinito —de una suerte de super-átomo, como propuso primeramente el P. Lemaître en 1927— se han ido desarrollando las partículas llamadas elementales, los átomos, las moléculas, los astros, los seres vivientes, etc., etc., hasta constituir nuestro complejo universo, cuya extensión, estructura y funcionamiento vamos conociendo a duras penas y enormes gastos.

Filosofía y creación

Bien, entremos ya a nuestro *concepto filosófico* de creación, comenzando por el uso simplemente literario del término, porque de allí obtendremos las nociones fundamentales necesarias para comprender incluso el posterior aspecto especulativo del problema.

En sentido lato suele hablarse de “creación” cuando se trata de la aparición de una obra más o menos original, que señala el genio de quien ha sabido diseñarla y llevarla a cabo materializando, muy a menudo con gran esfuerzo, su concepción, su *idea*, que es lo que en última instancia se transparentará en la obra presentada, tras el hábil manejo de los materiales. Dicha obra representa materialmente la idea pre-existente en la mente del artista, quien la irá plasmando posteriormente en la materia adecuada. Y en esa obra se alabará precisamente al autor y su habilidad para manifestarse, sin mayor atención hacia los instrumentos y materiales empleados. En la madurez de su arte, el artista dejará más decididamente su impronta y la obra será reconocida, al menos por los expertos, como “un Renoir”, una sonata “de Beethoven”, etc. Es decir que el valor de la obra dependerá siempre, en tales casos, de “ser obra de...”; de ser la *plasmación de un pensamiento genial pre-existente*.

Pero es claro que estamos así frente a un sentido derivado de “creación” puesto que, para lograr sus fines, el artista ha contado como *dado* todo lo necesario: materiales, instrumentos y él mismo, con sus potencias humanas y su idiosincrasia (“artista se nace, no se hace”). Es decir que en ese modo particular de obrar todavía queda por resolver al menos un paso anterior en busca del origen mismo

del hombre y los materiales, pues estos: colores, telas, papel pentagrama, mármol, herramientas adecuadas, etc., constituyen otros tantos compuestos manufacturados, productos de largos desarrollos técnicos y culturales desde compuestos más simples, de los cuales dará cuenta la aplicación sucesiva del análisis de la materia.

Supongamos ahora que en un experimento mental llegáramos, revirtiendo el *Big Bang*, a los componentes más elementales de la materia, a la verdadera (?) “partícula elemental”, desde la cual todo se ha desarrollado; con ello alcanzaríamos la frontera del saber científico y se impondría la pregunta: y esto, ¿de dónde? Lo cual nos lleva a los dominios de la creación en sentido riguroso. La respuesta deberá buscarse de algún modo tomando como orientación nuestra descripción de la obra de arte, apelando aquí también a la plasmación de un pensamiento pre-existente, pero considerado ahora en sentido absoluto, pues se tratará de algo originado estrictamente a partir de nada material pre-existente. Consiguientemente, nos toparemos con las dificultades conceptuales inherentes, pues siempre nuestro lenguaje será pobre ante lo verdaderamente absoluto y trascendente, de lo cual no tenemos ninguna experiencia ni podemos idear alguna experimentación (¿la “máquina de Dios”?). Lo que alcancemos será el resultado de una investigación puramente intelectual puesto que se trata aquí, en los términos más rigurosos, de comprender el “modo” de origen de aquello que absolutamente *no es de por sí*; porque a ningún ser cósmico le compete la inmutabilidad existencial sino la existencia precaria entre sus precarios congéneres. Con lo cual aparece el ser creado teniendo toda su consistencia en depender de su relación constante con el Ser Creador. Así las cosas, “ser creado” significa propiamente “ser o existir en la continuidad relacional con el Creador”. Así como la obra de arte continúa siendo valiosa *porque* es un Renoir, o el original de una fantasía de Paganini, o una carta manuscrita de Napoleón, o...; y precisamente por ese valor original es que existe un mundo de coleccionistas y de falsificadores. Creativamente, siempre es Renoir, o Beethoven, o Paganini, o..., quien mantiene desde el principio la genialidad de la obra de arte. Esto es más claro, por ejemplo, en poesía, pues el poeta bien podría mantener siempre en su memoria, en su personal interioridad, un poema que decidiera no escribir; ese poema tendría existencia, sí, pero nada sabríamos de él hasta que apareciera comunicado, esto es: escrito o recitado; y una vez conocido el poema, es indiscutible la necesidad de un autor originador.

Todos esos ejemplos, considerados “creación” en sentido impropio, apuntan analógicamente a una relación formal con base ontológica: el ser creado existe como resultado de la comunicación del existir a los entes por decisión de un Autor originador, Autor en sentido absoluto, que hace *ser* a lo que de ninguna manera existe. A este Autor que existe, que *es* independientemente de todo otro ser, lo denominamos Creador y a su acción, creación en sentido propio.

Sólo el Creador es subsistente de por sí, y todo los demás entes *son* por *participación* otorgada por ese único y especial Ser. De aquí que se diga con toda propiedad que la creación consiste en esa relación de participación o, simplemente, en esa participación gracias a la cual todo ente natural *es y es lo que es*. Esto significa que el ser creado no es simplemente un algo que subsiste de por sí a seguido de un acto creador inicial, sino que *existe en tanto que participa actualmente* del ser Creador: todo cuanto existe por creación, estrictamente existe sostenidamente por el Creador ya que no puede haber tal cosa como *transferencia de ser (o de existir)* desde el Creador a un sujeto, porque entonces habría que admitir que *ese sujeto es ya antes de ser: ser* no es un algo substancial que se pueda ceder o volcar como de recipiente en recipiente sino un *acto* o perfección primerísima que libremente comunica el Creador para que el ente sea, exista en la medida en que lo mantiene participando de su acto de Ser. “Ser” es lo primero que se predica de *todo*; después se lo identificará como tal o cual ente por su composición, sus propiedades, su categoría existencial, etc.

Así, pues, “ser” es “siendo”. Crear no es “hacer cosas” sino *hacer que las cosas sean*. Esto no es un mero juego de palabras sino la expresión acabada de lo que crear es. La dificultad consiste en que

el acto de crear no es experimental sino una exigencia conceptual cuando se busca la razón última de *ser* de lo existente. Aquí surge aquella pregunta final culminante: “¿cómo es que hay *ser* más bien que nada?”. Crear es *provocar* el surgimiento del ser de las cosas, dando origen a algo absolutamente inexistente; y por cuanto nada existe en un instante, ese *creado* es esencialmente un ente *durante*, sostenidamente existente y acotado por sus cualidades, que son expresiones de su ser y su dinamismo intrínseco; al cabo “ser” y “ser dinámico” es una misma e inescindible realidad, como lo muestra la experiencia, y en ello se basa la vida cotidiana y todo nuestro saber; porque son las cualidades de cada ser las que nos permiten saber que *es* y *qué* es.

Muy bien ha comprendido esta necesidad de “atención” de parte del Creador ese fino poeta y agudo pensador que fue Antonio Machado, expresándolo por la vía inversa de una supuesta aniquilación (vuelta a la nada) del ser:

“Dijo Dios: «Brote la Nada».
Y alzó su mano derecha
hasta ocultar su mirada.
Y quedó la Nada hecha”,

declarando poéticamente aquello que ya sostenía S. Agustín: “Si Dios pestañara [si Dios dejara de atender el universo] todo volvería a la nada”. Es éste otro modo de aludir a aquello que dijimos acerca del concepto de creación: *ser* creado es *siendo* creado. Si algún ente subsistiera de por sí, si la existencia le perteneciera como algo propio, independientemente de la continuidad del acto creador, entonces ese ente existiría siempre, eternamente el mismo, porque *sería necesariamente él*; y esto nos llevaría, contra toda experiencia, a un universo absolutamente estático, sin cambios. Un museo de cera (sin cera), en fin.

Bajo las premisas vistas la creación no es en modo alguno un “cuándo”; no teniendo sentido la pregunta sobre el “momento” de la creación o sobre el instante en que comienza a existir lo creado. En efecto: si el tiempo no es sino medida de duración de los seres o procesos, ese tiempo no existirá “antes” del acto creador, como patrón de medida y contraste del “momento” de la creación; en todo caso podrá decirse que el tiempo nace *con* la creación, mas sólo en el sentido básico de estar implícito en lo que es objetivo: la *duración* o permanencia en la existencia de los entes. Pues así como el punto de partida de un movimiento no es movimiento ni pertenece al movimiento, porque en todo caso es reposo, así el punto de partida del tiempo no es tiempo ni pertenece al tiempo.

Ese “punto” de partida del tiempo o, más precisamente, del ser temporal, del ser creado, debe situarse en el Creador como Ser esencialmente *extra-temporal*. Y enfatizamos el punto de partida del *ser temporal* con preferencia a la del tiempo, porque el tiempo no tiene entidad física sino que es producto de una elaboración del hombre. Es lo que se denomina en lógica un ente de razón con fundamento *in re*, pues lo que realmente existen son las cosas que interactúan acompañando al hombre en el existir, pasando a convertirse en *tiempo* con la intelectualización que de la real “existencia durante” de las cosas o de los procesos, y aún de sí mismo, hará el hombre. Ya decía Aristóteles en su *Physica* (223-1) que “si no existe alma intelectual, no existe el tiempo”.

Como consecuencia de estos conceptos así logrados, se hará claro que ese universo no puede aparecer en “algún momento”, puesto que para que ello tenga sentido habría que referirlo a una imposible escala de tiempo previa. Debe tenerse cuidado con el juego engañoso de la imaginación, considerando la creación como una acción tal que da “ahora” existencia a lo que “antes” no existía; esto es dar realidad a un tiempo (antes-ahora-después) puramente imaginario, extrapolado del nuestro propio, siendo así que no existe continuidad entre el tiempo real y el tiempo imaginario.

Lo que surge inmediatamente de la inexistencia de un primer instante de lo creado es que en sentido muy propio puede sostenerse que nuestro universo existe desde el inicio del tiempo (que no es tiempo como el punto de partida no es movimiento) y *en este sentido temporal* podría decirse eterno

a parte ante, esto es: en cuanto nos referimos a su tiempo “contado hacia atrás”, puesto que existiría por todo el tiempo. Equivale a decir que *si el universo es, siempre ha sido*. No se trata aquí de un juego de palabras sino de una afirmación que, bajo cierto aspecto lúdico, es consecuencia lógica de aquel “ser conjuntamente” el universo y el tiempo. De este modo, el universo *puede ser* eterno según el tiempo, mas *no puede ser* no creado porque —insistimos— creación es *dependencia, no comienzo*; y dependencia como relación ontológica de lo creado con respecto al Creador; y relación unilateral, porque la existencia del Creador no depende de la existencia de lo creado.

***Big Bang* y creación**

Aquí tal vez sea oportuno volver, una vez más, nuestra atención a la teoría del *Big Bang*, por cuanto quiere ser una explicación originaria del todo que es nuestro cosmos. Varios de los científicos en ese campo del saber se han sentido acuciados por el problema y no nos será posible considerarlos a todos ni en todos los detalles de sus respectivas aplicaciones, por lo cual elegiremos sólo algunos ejemplos.

Como era de suponer, una vez admitido, en general, el *Big Bang* a partir de un supuesto origen absoluto, condicionado por un radio de valor infinitamente pequeño (“tendente a cero”) y por una densidad infinitamente grande (“tendente a infinito”), es decir todo el universo contenido en un supuesto “punto” masivo, la tentación de dar un paso “hacia atrás”, hacia el estado anterior a aquella explosión, hace surgir naturalmente la pregunta: ¿de dónde proviene “eso” que explotó tan poderosamente que aun es posible percibir el eco del estallido? Veamos cómo intentan responder a esta cuestión los científicos.

La solución de Trefil (1986a, p. 57) es un poco estrecha al afirmar: “Si pensamos en lo que debió haber existido antes del inicio de nuestro actual Universo, el mejor candidato es la nada: el vacío. Entonces la razón de la existencia del Universo se reduce a saber por qué la materia, en su forma actual, surgió del vacío primordial. Y ahora comprendemos que esto se reduce a saber si el Universo con materia en su interior tiene un estado de energía inferior al del Universo sin materia. En caso afirmativo el vacío sería, de modo muy real, inestable; y la aparición de la materia que inició el *Big Bang*, únicamente un ejemplo más de un sistema que busca el estado disponible de menor energía”. Curiosa suposición esa de existencia de un mundo sin materia.

Más sensata es la opinión de Gribbin (1986, p. 5): “Antes del *Big Bang* de la creación ni siquiera había un espacio vacío. El espacio y el tiempo, así como la materia y la energía, fueron creados en esa «explosión», y no existía ningún «exterior» donde el Universo pudiera explotar, dado que, aun cuando acababa de nacer y empezaba su gran expansión, el Universo ya lo contenía todo, incluso todo el espacio vacío”. Pero, nuevamente, la duda subsiste aún ante ese curioso universo que todo lo contenía: ¿Y antes de eso? Cautelosamente lo dice Gribbin (1986, p. 6): “... puede carecer literalmente de sentido preguntarnos qué pasó «antes» —quizá no hubo ningún «antes»”; pues, físicamente hablando (Gribbin, 1986, p. 33), “el principio de todo debería estar en la hora cero, cuando la densidad del universo era infinita. Pero no podemos manejarlas con singularidades e infinitos, de modo que aunque sospechemos que realmente hubo una singularidad en el comienzo del espacio-tiempo, empezaremos la descripción matemática del origen de nuestro Universo desde el momento en que la densidad de éste era enorme pero finita, y su temperatura era igualmente enorme pero finita. No podemos decir honestamente cómo nació el Universo”. Sensata respuesta que se halla en otra de las obras de Trefil (1986b, p. 250): “Es posible argumentar, por lo tanto, que la pregunta acerca del origen del Universo simplemente no puede contestarse dentro del método científico”.

El conocido físico contemporáneo Stephen Hawking ha contribuido con lo suyo en su “Historia

del tiempo” que es, en realidad, una breve pero bien escrita cosmología científica contemporánea. En primer lugar, plantea la posibilidad de que nuestro Universo sea de hecho finito pero sin límites o fronteras, esto es: “Si el Universo es realmente auto-contenido, si no tiene ninguna frontera o borde, no tendría ni principio ni final: simplemente SERÍA” (Hawking 1988, p. 181). Así expresada, esta frase podría aceptarse desde el punto de vista científico pues al cabo la ciencia no puede ocuparse de absolutos sino de todo cuanto acontece en los intermedios; pero también para un filósofo resulta una propuesta atractiva pues apunta, en todo caso, a un buen motivo para considerar la posibilidad de los dos absolutos: principio y fin, y la aparición del tema del ser. Pero Hawking (1988, p. 187) acaba el párrafo con una llamativa inconsecuencia: “¿Qué lugar queda, entonces, para un creador?”. Tal parece que Hawking imagina a ese “creador” algo así como un extraño apéndice del Universo, cuya realidad existencial dependería de la naturaleza de ese universo o, peor aún, de la teoría física vigente.

Desde esta perspectiva, continúa Hawking (p. 223): “incluso si hay sólo una teoría unificada posible, se trata únicamente de un conjunto de reglas y de ecuaciones. ¿Qué es lo que insufla fuego en la ecuación y crea un universo que puede ser descrito por ellas? [...] ¿Es la teoría unificada tan convincente que ocasiona su propia existencia? O necesita un creador y, si es así, ¿tiene éste algún otro efecto sobre el universo?”. Se muestra así Hawking como un hombre íntegro: cuando se interroga, no teme abandonar la austeridad metodológica del saber científico en pro de una respuesta que le acucia como ser humano, como contemplador de una verdad que, intuye, está como origen oculto de la funcionalidad de sus ecuaciones; una verdad que quiere sea expresada por esas ecuaciones. Por eso se le aparece ese “fuego”, esa natura que pone en existencia aquello que, comportándose como lo hace en las cosas y en el hombre, permite a éste expresar esa relación interdinámica de las cosas entre sí y con él, ese orden, de modo matemático.

De aquí, dicho sea de paso, que admitir, con la cosmología científica contemporánea (*Big Bang*) un universo eternamente pulsátil, o regido por una única teoría de la gran unificación, o sin fronteras, o... cualesquiera otra de las especificaciones científicas que llegaren a proponerse, nunca dispensarán de la necesidad de su creación, pues en todo caso la problemática científica responde a la pregunta: “¿Cómo ha *evolucionado* la realidad cósmica para llegar al estado actual?”; mientras que el tema de la creación responde a esta otra, anterior: “¿Cómo es que hay ente más bien que nada?”. ¿Acaso no sería más sencillo que nada existiera? Entonces existir las cosas exige que hayan sido originadas “desde fuera” de las mismas cosas, por una causa pre-existente e independiente de ellas.

Más aún: si la creación no ha acontecido en un momento dado de un inexistente tiempo, y consiste propiamente en dar el *siendo* a los entes, contra toda imagen popular *esa creación no aconteció sino que necesariamente acontece aquí y ahora* pues, lo dijimos, todo ente, el conjunto de los entes exige ser sostenido en la existencia. Ser creado es ser sostenidamente existente, y ese estar siendo creado hoy, ahora, es una consecuencia del “modo” mismo de Ser en el permanente “ahora” del Creador, y reclamada por los modos de ser de las cosas, del universo; considerada esa creación como acción y efecto de crear, es propiamente una *participación resultante de la comunicación que se establece y mantiene* desde el Creador a la creatura. Se trata, pues, de una acción continuada, de modo tal que todo el orden universal es creación en la medida en que existe actualmente como *siendo*. *La creación no fue: es*. Pues todo ente depende del Creador en el ser y el consiguiente obrar; tanto se trate del ser naturalmente dado cuanto del artefacto que fabrique el hombre, pues al cabo este artefacto está obtenido del modo de ser de los entes naturales dados.

La necesaria creación del hombre

Si tornamos nuestra atención nuevamente al *Big Bang* debemos agregar una referencia, sumaria al

menos, al llamado *Principio Antrópico*, con el cual se quiere significar que cualquiera sea el propuesto desarrollo del *Big Bang*, toda explicación deberá respetar la exigencia de que ese desarrollo conduzca necesariamente a la aparición del hombre. Al fin de cuentas, nuestra experiencia objetiva y subjetivamente más firme es que “estamos aquí”. Pero esto no es todo. En efecto, ese universo creado como sistema de entes naturales conformando un cosmos no tiene, hasta ese momento, ningún sentido pues sería ciertamente un maravilloso sistema de dimensiones colosales y no más que eso. Mas por cuanto se trata de un mundo capaz de ser conocido y manipulado por un ser inteligente, que capte la verdad a través de los sentidos, aparece este mundo exigiendo la existencia del hombre, que es quien le dará sentido trascendiendo lo puramente material. El hombre sabe, y sabe que sabe; y como consecuencia es asimismo capaz de ir comprendiendo y desarrollando todas las posibilidades científicas y técnicas de ese cosmos. La ciencia ha sabido captarlo así, pues las varias formulaciones del Principio Antrópico: principio antrópico débil (Dicke), fuerte (Carter), de participación (Wheeler), y final (Barrow-Tipler), apuntan al hombre como causa final de la gran explosión primigenia. Precisamente por ello es que nos hemos permitido proponer, en un trabajo anterior (Bolzán, 1996), la necesidad de un Principio Antrópico Fortísimo, entendiendo por tal la culminación de la inteligibilidad del universo en una creatura que necesariamente conozca a través de lo material. Es clásico aquello de que nada hay en el intelecto que de algún modo no haya pasado por los sentidos. Pero lo que se conoce son ideas, en una elaboración intelectual de lo percibido. Aquel “fuego” que preocupaba a Hawking, que hacía a sus ecuaciones luminosas, manifestantes precarias de la verdad es, en primer lugar, la idea que el Creador pone en cada cosa y en el universo como en un todo, y que el hombre puede descubrir —por cierto trabajosamente— porque fue creado con la capacidad especialísima de habérselas con ideas.

*

Finalicemos ya. La idea de un universo que ha venido evolucionando desde su iniciación, desde un cierto *Big Bang* por ejemplo; y que continúa, y parece que continuará, ofreciendo al hombre mil y un aspectos maravillosos a su inteligencia, resulta más atractiva que una imagen fijista, donde todo está como “manufacturado” y funciona como un teatro de títeres. Ustedes se las verán con la realidad y los mecanismos de la evolución biológica y, eventualmente, con el surgimiento de otras teorías, otros resultados y otros problemas; pero sea cual fuere la conclusión, si algo existe, si hay *Big Bang*, si hay evolución, si estamos aquí, si hay saber científico o doméstico, etc., habrá que aceptar una causa primordialísima de razón existencial, a la que hemos denominado Creador. Tarea de la filosofía es afrontar este problema, mientras que el de la ciencia es estudiar los innumerables modos de presencia y de comportamiento del ser creado, incluso la evolución biológica.

Todo ello comporta esa verdadera obra de decodificación del universo a que está múltiplemente aplicado el hombre.

Referencias

Bolzán, J.E. 1996. El principio antrópico. *Filosofía Oggi* 19 (73-74): 145-158.

Freeman, S. & Herron, J.C. 2007. *Evolutionary Analysis. 4th edition*. Pearson Prentice Hall, New Jersey. 834 pp.

Gribbin, J. 1986. *Génesis*. Salvat Editores, Barcelona. 345 pp.

Hawking, S.W. 1988. *Historia del tiempo. Del Big Bang a los agujeros negros*. Crítica, Barcelona. 245 pp.

Margulis, L. & Sagan, D. 2002. *Acquiring Genomes. A theory of the origins of species*. Basic Books, New York. 240 pp.

Mayr, E. 2001. *What evolution is*. Basic Books, New York. 318 pp.

Purves, W.K., Sadava, D., Orians, G.H. & Heller, H.C. 2003. *Vida - La ciencia de la Biología. 6ta edición*. Editorial Panamericana, México.

Trefil, J.S. 1986a. *El panorama inesperado. La naturaleza vista por un físico*. Salvat Editores, Barcelona. 232 pp.

Trefil, J.S. 1986b. *El momento de la creación. Del Big Bang hasta el Universo actual*. Salvat Editores, Barcelona. 282 pp.

Recibido: may 2009

Aceptado: oct 2011